

HUGO BALL

HERMANN HESSE

SU VIDA Y SU OBRA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN

DE CARLOS FORTEA

BARCELONA 2008



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Hermann Hesse*

Publicado por:

ACANTILADO

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© de la traducción, 2008 by Carlos Fortea Gil

© de la fotografía de cubierta, 2008 by Suhrkamp Verlag

© de esta edición, 2008 by Quaderns Crema, S. A.

Todos los derechos reservados:

Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-96834-54-5

DEPÓSITO LEGAL: B. I 637-2008

La publicación de esta obra ha recibido una ayuda de Pro Helvetia,  
fundación suiza para la cultura

**prohelvetia**

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

La casa paterna	9
La infancia	25
Monasterio de Maulbronn	47
Estudios goethianos en Tubinga	69
<i>Hermann Lauscher y Peter Camenzind</i>	85
Gaienhofen am Bodensee	103
<i>Demian</i>	125
<i>Siddharta</i>	145
<i>El último verano de Klingsor</i>	167
<i>En el balneario y El lobo estepario</i>	189
Cronología	211

## LA CASA PATERNA

Hermann Hesse nació el 2 de julio de 1877 en la pequeña ciudad de Calw, en Württemberg. Sin embargo, ni su padre ni su madre habían nacido en Suabia. Johannes Hesse, el padre del escritor, era, según figura en sus papeles, súbdito ruso, oriundo de Weissenstein, Estonia; su familia provenía de Dorpat y era de origen báltico; el antepasado más antiguo conocido provenía de Lübeck y había sido soldado de la Hansa. Por su parte, la madre del escritor, Marie Gundert-Dubois, nació en Talatscheri (la India Oriental), donde su padre, el doctor Hermann Gundert-Dubois, era misionero. Su madre, de soltera Dubois, procedía de la región de Neuchâtel, y pertenecía a una familia de viticultores calvinistas.

Los Hesse (padre e hijo), descendientes del soldado hanseático Barthold Joachim, son de complexión delgada, más bien débiles físicamente, de delicada estructura ósea. Tienen los ojos azules y penetrantes y el pelo claro; sus rasgos parecen tensos, como de ave de presa: cuando se excitan sus orejas se afilan y se inclinan hacia atrás. Muestran una actitud contenida cuando están conmovidos, y una timidez que puede transformarse de repente en abrupta ira. Poseen un carácter recio, silencioso, paciente y expectante, y una tendencia al cultivo de una noble y gentil sociabilidad. Las Dubois (madre e hija) son enjutas y de baja estatura. Tienen los ojos juntos, oscuros y fogosos, y un temperamento vivaz, nervioso, sanguíneo. Tienden a la ensoñación religiosa y parecen consumidas por un ascua interior: son mujeres heroicas en sus propósitos y objetivos, en su entrega y su

pasión; altaneras hasta el sentimiento de superioridad y el aislamiento, pero dulces y bondadosas con las personas en las que confían, entre las cuales no sólo incluyen a su propia familia, sino, mucho más allá, a toda «la familia humana», la comunidad formada por las personas que, como ellas, están dispuestas al sacrificio, los elegidos y los santos.

Los abuelos del escritor, el paterno y el materno, se llamaron Hermann, y resultaría difícil decidir en cuál de ellos se pensó a la hora de bautizar al poeta, pues ambos eran, cada uno a su manera, hombres importantes y peculiares que por su erudición y su calidad humana daban que hablar no sólo en su entorno más inmediato y en su círculo familiar, sino también a la opinión pública. Sobre ellos se imprimieron memorias muy dignas, que llegaron a tener varias ediciones. La biografía, de 342 páginas, del misionero e indólogo Hermann Gundert tiene por autor al propio padre del escritor; se publicó en 1907 y constituyó el volumen xxxiv de la Biblioteca de las Familias de Calw. Una sobrina del doctor, la cantante Monika Hunnius, publicó en 1921 la biografía del abuelo paterno, el médico de distrito y alto funcionario Hermann Hesse, de Weissenstein; en tal edición se incluyó una introducción del escritor. Ambos abuelos alcanzaron una edad avanzada y siguieron con cariño los progresos de su, hoy en día, celebrado nieto. El doctor Gundert falleció a los setenta y ocho años en Calw; el doctor Hesse, por su parte, murió quince años después, en Weissenstein, a la edad de noventa y tres años.

En primer lugar, diremos algunas cosas sobre Gundert. Su nombre está íntimamente unido a la historia de la Iglesia evangélica suaba. Sus antepasados el «maestro de escuela Gundert» y el «Gundert de la Biblia» eran famosos en toda la comarca del Neckar. Hermann, el hijo del «Gundert de la Biblia», estudió en Maulbronn y Tubinga, y estuvo tempo-

ralmente bajo la fuerte influencia de un joven profesor del seminario de Tubinga, cuyo nombre era David Friedrich Strauss. Sin duda, pronto evolucionó del neohegelianismo hacia las inclinaciones pietistas propias de su familia, pero a lo largo de su vida nunca perdió de vista las objeciones críticas y los estímulos de Strauss, así como de Bauer y de Feuerbach.<sup>1</sup>

La juventud del doctor Hermann Gundert se vio afectada por la alarma que para los cristianos supuso la aparición en escena de Napoleón, y las correspondientes y devotas esperanzas de un retorno del Mesías, Jesús, que habría de guiar a su pueblo hasta la Jerusalén celeste. A los veinte años, responde con alegría a un anuncio de un fabricante de dentaduras postizas inglés llamado Groves, que siempre se muestra propenso a confundir su ocupación terrenal con una inclinación a la trascendencia y a la difusión del Evangelio en las colonias de las Indias Orientales. El joven doctor en Filosofía viaja a Inglaterra como preceptor, y de allí se traslada, con su jefe y protector, a Bombay, a Ceilán y a Malabar. En estos viajes, descubre sus dotes para las lenguas. En un santiamén, aprende cinco o seis dialectos indios, que pronto domina de tal modo que es capaz de predicar a los nativos en indostaní, en malabar, en sánscrito, y más adelante incluso de avergonzar a eruditos de aquellas latitudes.

Será uno de los pioneros de la misión pietista en la India. Tras pasar del servicio del inglés al de la misión de Basilea, se convertirá en su más conspicuo representante en las misiones de Malabar. Allí, entre hindúes y musulmanes, se casa con Julie Dubois, nacida en Neuchâtel, que también

<sup>1</sup> David Friedrich Strauss (1808-1874), Bruno Bauer (1809-1882) y Ludwig Feuerbach (1804-1872) fueron tres de los más conspicuos representantes de la izquierda hegeliana, adscrita al materialismo. (*Excepto allí donde se indique, las notas son del traductor*).

pertenece al círculo de Groves y comparte las preocupaciones de la misión, pues es directora de los institutos para muchachas y mujeres. En Malabar, nacerán sus hijos, entre ellos Marie Hesse, la madre del escritor, que, como una auténtica Dubois, cuando fue lo suficientemente mayor tomó parte en las tareas educativas entre los nativos. Marie se casaría en primeras nupcias con el misionero Isenberg.

El doctor Gundert vuelve en los años setenta a Suiza y fuerza a sus amigos de Basilea a que le destinen a Calw. Tiene la obligación de dedicar una tercera parte de su tiempo a sus importantes estudios indológicos, especialmente a la confección de un diccionario del malabar, una obra en la que trabajara durante treinta años, y que el Gobierno inglés retribuirá con un sueldo honorífico. El resto de su tiempo de trabajo debía ponerlo a disposición de la Sociedad Editorial de Calw, que por entonces presidía el doctor Barth.

En Calw, el doctor Gundert, que ya hablaba alemán, inglés y francés, además de dominar un número cada vez más considerable de dialectos indios, aprende otros diez idiomas, de cuya gramática se ocupa con la mayor viveza. En Calw se dedica con total entrega, además de a la misión ultramarina, a la interior. Celebra jornadas de oración, pronuncia sermones misioneros, acude a congresos, corrige folletos propagandísticos, recibe visitas de todo el mundo: eruditas, exóticas, pietistas. Tiene una audiencia con el Rey, se cartea con las más importantes personalidades de la vida evangélica y filológica, lee cientos de revistas, publica importantes obras de historia eclesiástica, de exégesis, además de varias traducciones, para, finalmente—comparado por su biógrafo con un ancho río que discurre con calma—encauzar su camino hacia aquella raíz de las realidades que ha buscado y quizá ya ha encontrado en la suma de las lenguas del mundo.

Muy distintas dotes, no menos originales, no menos ricas, en materias humanas y divinas, adornan la vida del alto funcionario ruso y médico de distrito Hermann Hesse. Si para uno de los abuelos lo determinante es el cuarto de estudio—parecido a una mina en la que se acumulan uno tras otro los estratos, donde, sobre el sofá atestado de libros, sobre el escritorio igual de atestado de cartas, manuscritos y hojas, cuelgan los retratos de los dirigentes de la misión—, al otro antepasado lo define el jardín, similar a un parque, «el más hermoso jardín que jamás he visto», donde en un mar de rosas, lilas, malvas y aromáticos guisantes, entre innumerables matorrales de arándanos, hierba y árboles frutales, bajo las copas de viejos tilos, abetos y arces, se trabaja de manera no menos experta y segura de sí que en el cuarto de estudio y redacción de la Sociedad Editorial de Calw.

Este otro abuelo es un hombre enormemente vital, ingenioso, alegre, que siente una profunda aversión hacia todos los burócratas, arribistas y funcionarios. A través de la Biblia de Gossner, se introduce en los ámbitos del espíritu: «Dios mismo se me acercó y habló conmigo desde su palabra». Cuando se traslada a Weissenstein, es un joven médico que no tiene expectativa alguna de ganar un solo rublo. La pequeña y aburrida ciudad, que tiene el aspecto de una colonia penitenciaria siberiana, no logra disuadirle. Su fe en el Espíritu Santo mueve su corazón y dispone sus defensas. El despertar religioso también había llegado a Weissenstein. En otoño, el médico, que había llegado a la ciudad cerca de Pentecostés, ya puede comprar una casa y cultivar su jardín. Cuando su esposa da a luz, se ofrecen voluntarias tres amas de cría; llueven del cielo. El 2 de junio escribe en su diario: «Deberán saber que yo, el Señor, soy su Dios». Todos los lunes por la tarde, como él mismo

anota, se celebrará una hora de lectura de la Biblia en casa del doctor Hesse.

Así, pues, también este antepasado es pietista. Pero en absoluto es triste y misógino; tampoco se enreda en problemas y busca la unidad de las manifestaciones, sino que se entrega abierta y luminosamente a todas las bendiciones de las criaturas y a la revelación del Señor en las personas, animales y plantas. Como pionero de la frontera y colonizador, acredita su carácter hanseático en su cargo ruso, de igual modo que lo hacía el otro abuelo con su carácter suabo y su servicio a los ingleses. Es el fundador del coro estudiantil Livonia, y, como tal, gusta de ordenarles cantar corales mientras se sirve vino especiado. En las sesiones de oración que él mismo—no el sacerdote o el organista de la pequeña ciudad—celebra, comparecen, sin distinción, tanto los barones de los alrededores como los maestros y aprendices artesanos de la vecindad. A menudo, en esas sesiones de oración, las maneras ingenuas, directas y primitivas del doctor mueven a risa, pues puede ocurrir que, en su vehemencia, recurra a la frase equivocada, igual que de vez en cuando libra a sus pacientes de un diente sano en vez del enfermo. «Mi Salvador—decía—quiere a sus hijos alegres, y por qué no voy yo a reír y celebrar cuando soy tan rico, porque sé que tengo a mi Salvador».

A los cincuenta años, sigue patinando, y a los ochenta le encuentran, para espanto de todos, subido a la copa de un manzano, ocupado en aserrar una rama que usa a modo de paracaídas cuando la arrastra consigo en la caída. En 1847 nace, último de cinco hijos, el padre del escritor, a quien once años después llevan a Reval (actual Tallin), a casa del barón Von Stackelberg. En 1868, el abuelo Hermann viaja a Worms, donde, junto con el emperador Guillermo y otros treinta mil alemanes, asiste a la consagración del mo-

numento a Lutero; luego se traslada a Basilea, donde puede abrazar a su Johannes del alma, que por aquel entonces se ha convertido en misionero y profesor de la misión de Basilea, pues el 11 de agosto de ese mismo año, Johannes, con apenas veintiún años, había sido ordenado, en Heilbronn, predicador de la misión.

El año en que nace el escritor, el abuelo Hesse celebra sus bodas de oro con el doctorado: «Se me han dado honores y pruebas de amor sinceras. Vinieron compañeros de Dorpat, jóvenes y viejos, con banderas y regalos. Se habían congregado cien personas. Después de las alocuciones y discursos de agradecimiento cantamos: *Dad todos las gracias a Dios*. No fue más que amor y alegría, conforme a la receta popular: amar a Dios hace feliz, beber vino alegra, así que ama a Dios y bebe vino, y estarás alegre y feliz».

La magia del nombre y el apellido es muy fuerte, casi ineludible. En ella se han fundado sistemas y movimientos enteros. En la época paleocristiana, el nombre recibido en el bautismo implicaba la obligación de imitar al santo correspondiente, de entregarse a su protección y servicio. En los círculos pietistas, que se aproximan al cristianismo originario, los abuelos ocupan un lugar incluso más importante que los santos en el contexto católico. Aquí sucede, como dice Pfister en su estudio sobre Zinzendorf, que Dios, como Padre celestial, sigue viviendo en forma de abuelo en su retiro. El Redentor le ha confiado el cuidado terrenal de los creyentes, y por amor a Jesús debemos llamarle nuestro Padre. Pero un abuelo es también un auténtico padre, aunque no directamente. Para Zinzendorf, el renovador de las comunidades fraternas, el padre representa siempre el papel de Cristo; el abuelo, en cambio, el de Dios Padre. Sin embargo, en este caso, tanto los dos abuelos del poeta como sus padres eran alegres, severos y destacados pietis-

tas, que se consumían en su celo por la causa del Señor y para los que la piedad constituía una obligación similar a un juramento.

Es evidente que la oposición de los dos abuelos podía tener un significado ominoso para el nieto. Éste, que siendo ya un hombre maduro construyó uno de sus más hermosos relatos, el «Viaje a Núremberg», sobre la magia de un simple nombre («el bello Lau»); ese misterioso artista de la palabra, ¿no debió de soñar en lo más hondo de su ser con las ideas y los motivos, las peregrinaciones y los amoríos de sus dos antepasados?

¿Quién no ha sufrido de niño a causa de su nombre? ¿Quién no se lo ha repetido cien veces? ¿A quién no le ha planteado exigencias, comparado con famosos modelos? ¿Quién no ha sido jaleado por su modelo? ¿Quién no se ha comparado y tenido por menos? ¿Quién, siendo niño o adolescente, no ha escrito cien veces su nombre con trazo suave, audaz, empujado o negligente, con arabescos y trazos extrañamente enrevesados? ¿Quién no se ha peleado y reconciliado con él, embebido de él, y quién con él no se ha distinguido de sus hermanos, de la familia, como yo, como yo mismo, como íntimísimo propietario y dueño de esa dote para toda la eternidad?

En épocas anteriores, las novicias adolescentes solían quitarse su nombre de pila junto con su yo e inocularse a cambio el nombre de una máscara, un yo ajeno, superior, canonizado. En cambio, las personas de hoy en día, ¿no tenemos que conformarnos con el yo natural? ¿No es ese yo natural que nos queda una fuente constante de embarazo y prisión en el azar y en la propia naturaleza? Y si unos dones de nuestros padres demasiado poderosos quisieran absorbernos y despersonalizarnos, si una educación buena o mala quisiera quebrar nuestra obstinación, doblegarnos...,